

Claustros femeninos en la Ilustración: las Carmelitas Descalzas de San Sebastián

LUIS E. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO BEZARES
Universidad de Salamanca

Resumen:

Aproximación a las biografías de las monjas Carmelitas descalzas que tomaron el hábito y profesaron en el convento de Santa Ana y Santa Teresa de San Sebastián durante la primera mitad del siglo XVIII. Se valoran los condicionamientos económicos y sociales, así como los estereotipos de religiosidad. Se seleccionan siete biografías, que proporcionan testimonios de una pervivencia de sensibilidades barrocas durante el siglo de la Ilustración.

Palabras clave: Carmelitas descalzas. San Sebastián. Siglo XVIII. Convento de Santa Ana y Santa Teresa. Biografía.

Laburpena:

XVIII. mendeko lehen erdian, Donostiako Santa Ana eta Santa Teresa komentuetan abitua jantzi zuten Karmeldar Oinuts izeneko mojen biografiaren hurbilketa egiten da. Baldintza ekonomiko eta sozialaren baloraketa eta erlijiozaletasunaren baldintzak baloratzen dira. Zazpi biografia hautatu dira Ilustrazio garaian hartan indarrean zeuden sentsibiltate barrokoen adierazgarri.

Hitz gakoak: Karmeldar oinutsak. Donostia. XVIII. mendea. Santa Ana eta Santa Teresa komentua. Biografia.

Summary:

An overview of the biographies of the nuns Discalced Carmelites who took the veil and professed in the convent of Santa Ana and Santa Teresa in San Sebastián during the first half of the 18th century. Economic and social factors are considered, as well as stereotypes of religiosity. Seven biographies are chosen, which give testimony of the enduring baroque sensitivities during the Enlightenment.

Key words: Discalced Carmelites. San Sebastián. 18th century. Convent of Saint Anne and Saint Theresa. Biography.

1. El marco de unas vidas

El presente trabajo constituye una aproximación a las biografías de las monjas Carmelitas descalzas que tomaron el hábito y profesaron en el convento de Santa Ana y Santa Teresa de la ciudad de San Sebastián durante la primera mitad del siglo XVIII. Aunque, en muchos casos, sus vidas se prolongan, también, por la segunda mitad de dicho siglo. Durante este tiempo tomaron el hábito treinta religiosas, y fueron reprobadas dos de ellas.

El mencionado convento se había fundado con licencia real de 13 de septiembre de 1661, y se inauguró el 19 de julio de 1663. En un trabajo anterior ya me ocupé de las biografías de sus religiosas en la segunda mitad del siglo XVII, y pretendo ahora una continuación de aquel esbozo¹.

Los escenarios para estas vidas se habían edificado en dos fases definidas. Entre 1670 y 1691 se erigió y remató la iglesia conventual, con su fábrica e interiores. En la segunda fase, a partir de 1703 y hasta la tercera década del setecientos, se construyeron los patios interiores y arquerías labradas, así como un pequeño claustro y sus dependencias anejas. Los autores de la época lo describen así²:

“...iglesia y convento, ajustado todo a las medidas de la Órden, que tendrá en nuestra congregación pocos semejantes. La iglesia es de paredes

(1) RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, Luis E., *Sensibilidades religiosas del Barroco. Carmelitas Descalzas en San Sebastián*, San Sebastián, Grupo Doctor Camino de Historia Donostiarra, 1990. Fue prologado por J. Ignacio Tellechea Idígoras. En las páginas 281-328 se recogían las “Relaciones de las vidas de las religiosas”, entre 1663 y 1700. Entre estas fechas profesaron treinta monjas, y otras dos no perseveraron.

(2) ANASTASIO DE SANTA TERESA, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, Madrid, 1739, tomo VII, p. 491.

fuertes y grandes, con resguardo de contraterreno [...] Tiene encima un hermoso cuarto de donde sale a una huerta poblada y espaciosa, que cultivada con estudioso arte pudiera copiar de ella la antigua Seminaris para sus famosos pensiles. Desde el referido cuarto se extiende la vista al mar, puerto, navios [...], y por otra parte se ven campos hermosos, ciudad, conventos, torres, plazas y demás”.

Asimismo, disponemos de otra descripción de interiores para el último cuarto del siglo XVIII³:

“En el templo se miran dos grandes lienzos de pintura, colaterales al retablo, representando el celo de san Elías contra los falsos profetas de Baal, y un Jesucristo que habla a san Juan de la Cruz. En el mismo retablo hay una bella estatua de Santa Teresa”.

Estos edificios se situaban en el interior de las murallas de la ciudad de San Sebastián, en la falda del monte Urgull, rematado por un castillo defensivo. A lo largo de la centuria, el sosiego de los claustros fue alterado en tres ocasiones, y las tres por acontecimientos bélicos, dada la condición de plaza militar de la ciudad.

Durante la Guerra de Sucesión española, en julio de 1719, es cercada la ciudad de San Sebastián por un ejército de 16.000 franceses, mandado por el duque inglés de Berwick. La plaza capitula y es ocupada por los tropas durante el mes de agosto. La Comunidad de carmelitas abandona el convento y se refugia en el de las bernardas recoletas de Lazcano. Estuvieron ausentes seis meses, y a la vuelta se encontraron con considerables destrozos, y hubo que elevar nuevos tabiques en las celdas, consolidar bóvedas y retejar el convento e iglesia⁴.

Posteriormente, durante la Guerra de la Convención, los franceses, al mando del general Moncey ocupan la ciudad en agosto de 1794. Esta ocupación duró hasta la Paz de Basilea en julio de 1795. La Comunidad de carmelitas se traslada a Madrid. Una parte de las monjas se hospedan con las Descalzas reales, y otra en el convento de la Santa. Permanecieron en Madrid

(3) CAMINO Y ORELLA, Joaquín Antonio del, *Historia civil, diplomático, eclesiástica, anciana y moderna de la ciudad de San Sebastián*, San Sebastián, 1870 y 1963, p. 203. El retablo mayor había terminado de dorarse hacia 1699. Era barroco, con “cornucopias” y sagrario, con imágenes de la Virgen del Carmen y santa Teresa. Junto con los lienzos laterales de Elías y san Juan de la Cruz sobrevivió a los destrozos de la invasión francesa de la ciudad en 1719.

(4) MURUGARREN, Luis, *San Sebastián. Donostia*, San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal, 1978, pp. 82-83. En los trasiegos murieron dos religiosas, números 7 y 9 del Apéndice documental.

cerca de un año. En esta ocasión, los franceses “expoliaron todas las alhajas y libros del convento de Santa Teresa⁵”.

En marzo de 1808, en el contexto de las Guerras napoleónicas, San Sebastián volvió a ser ocupado por las tropas francesas del general Thouvenot⁶. En julio hace su entrada en la ciudad el nuevo monarca José I. La guarnición francesa permaneció en la ciudad los años siguientes, hasta su toma por los ingleses en agosto de 1813. En 1808 la Comunidad de carmelitas buscó refugio en el convento de Santa Clara de Zarauz, donde morirá una religiosa. A pesar de los cuantiosos destrozos y pérdidas, el convento de Santa Teresa sobrevivió al incendio de San Sebastián el dicho año de 1813.

2. Condicionantes sociales y económicos

En este marco, y entre 1700 y 1750, profesaron veintisiete religiosas. Dos fueron reprobadas por la Comunidad y una murió niña, antes de profesar⁷. La mayoría de las entrantes lo hace para religiosa corista o de velo negro; y tan sólo encontramos cuatro legas o de velo blanco. Entre 1690 y 1730 habían fallecido una buena parte de las monjas profesas⁸ en la segunda mitad del XVII, lo que fue posibilitando la renovación de plazas⁹, sobre todo a partir de 1710.

Se observa un predominio abrumador de la procedencia urbana. El ámbito rural sólo es mencionado explícitamente en tres ocasiones: la tierra de Vizcaya, Aranaz en Navarra o Virgala Mayor en Álava; aunque parece probable en algunas monjas de las que no consta procedencia clara o están vinculadas al oficio de lega. Destacan claramente las doce monjas naturales de la ciudad de San Sebastián, y las cuatro de la ciudad de Pamplona¹⁰. Se confir-

(5) *Ibidem*, p. 84.

(6) *Ibidem*, pp. 87-108.

(7) Los años de profesión, los nombres y procedencias de las religiosas pueden encontrarse en la relación final del Apéndice.

(8) En la década de 1670 murió la primera; dos en la década de 1680; cinco en la de 1690; cuatro en la de 1700; ocho en la década de 1710; cuatro en la de 1720; tres en la de 1730; y las dos últimas en la década de 1740.

(9) Las nuevas entradas comenzaron en la década de 1700, con dos religiosas; diez en la década de 1710; ocho en la de 1720; seis en la de 1730; y cuatro en la de 1740.

(10) Entre 1700 y 1750, de las treinta monjas entrantes, doce son naturales de San Sebastián. Tres de Guipúzcoa: dos de Fuenterrabía y una de Tolosa. Dos de Vizcaya: una de Bilbao

ma la clara proyección local del convento, como quedaba también de manifiesto en las religiosas del periodo 1663-1700¹¹.

Con respecto a su estrato social, en diecisiete casos existe una explícita declaración de nobleza o un “don” de uso familiar. En cinco casos los padres son designados como personas “honradas y piadosas”. En dos como de “limpia sangre”. No está especificada la procedencia social en seis casos. Por otro lado, de las treinta religiosas son claramente legítimas (“de legítimo matrimonio”) veintiocho; una es declarada ilegítima, y de otra no consta la legitimidad¹².

Esta abundancia de religiosas de un cierto nivel social venía condicionada por la dote exigida. En las Capitulaciones fundacionales de 1660 (cláusula 5) se había exigido una dote para las monjas de velo negro de 400 ducados de plata y 100 de vellón¹³. Dada la precariedad económica de la hacienda conventual, desde la década de 1690 la dote se aumenta de hecho hasta 500 y 800 ducados de plata. En 1711 hay constancia escrita y detallada de esta nueva dote que consistirá, para las monjas de coro o velo negro, en 800 ducados de plata y 200 de vellón; estos últimos para alimentos durante el año de noviciado y ajuar; a lo que se añadía “una alhaja” para la sacristía. Esta dote será la habitual entre las religiosas durante la primera mitad del siglo XVIII.

...

y otra “de la tierra”. Una de Álava: Virgala Mayor. Cinco de Navarra: cuatro de Pamplona y una de Aranz. No consta procedencia de siete religiosas. Veinte de los padres y madres de las naturales de San Sebastián eran, asimismo, vecinos o naturales de la ciudad; y en dos casos lo eran o el padre o la madre.

(11) Entre 1663 y 1700, y dejando a parte a las fundadoras iniciales (cinco religiosas de Tarazona y Zumaya), profesaron veinticinco religiosas, además de otras dos que no llegaron a profesar. Todas eran de Guipúzcoa o de Navarra; pero en proporción favorable a las guipuzcoanas de 22/3. Dieciséis son donostiarras, y por lo menos catorce de padres donostiarras. Seis son guipuzcoanas; pero dos de ellas están directamente relacionadas con San Sebastián. Tres son navarras, una de ellas relacionada con San Sebastián. Cf. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, *Sensibilidades religiosas...*, op. cit., p. 143.

(12) Estas tendencias sociales también se aprecian en las religiosas profesas entre 1663 y 1700. Entre estas fechas, de las dieciséis naturales de San Sebastián, unas diez eran personas principales o con nobleza; los padres de cuatro de ellas caballeros de las Órdenes militares. Cf. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, op. cit., pp. 138-139.

(13) La primera novicia, Graciosa Osácar Ugalde, llevó en 1663 los 400 ducados de plata, 100 de vellón para propinas, 40 para alimentos del año de noviciado, ropa y algunas alhajas. También se estableció la costumbre de que las monjas de velo blanco o legas llevasen 200 ducados de plata y alguna ropa como ajuar.

No obstante, hay que recordar que las legas o monjas de velo blanco aportaban una dote más reducida: 200 ducados de plata, 200 ducados de vellón para alimentos y ajuar, y la alhaja para la sacristía¹⁴. También estaban las religiosas que entraban en “sillas de gracia” de la ciudad o vinculadas a familias con este privilegio. Se trataba de una entrada sin dote, según las Capitulaciones fundacionales con la ciudad. Durante la primera mitad del setecientos entraron con esta condición hasta cuatro religiosas. La dote se reducía, entonces, a los 200 ducados de vellón para alimentos y ajuar, y a la alhaja para la sacristía¹⁵.

Con todo, la estabilidad económica del convento resultaba relativa. Hacia 1711 poseía de renta anual en censos, juros, casas y hacienda unos 14.000 reales de vellón; mientras que los gastos anuales ascendían a unos 19.000 reales. Se suplía el déficit con “labores de manos” de las monjas y con donativos de bienhechores. Para comprender la situación, hay que considerar las obras que se continuaban realizando en el convento, muy incrementadas a partir de 1703.

Hacia 1737 los ingresos anuales eran alrededor de 21.600 reales de vellón, producto de censos, fincas urbanas, juros y algunos caseríos. El gasto ascendía a 24.500 reales de vellón, en un 78% para la manutención y vestido de las veintiún monjas y tres criadas externas; el resto del gasto para pago del capellán, servicio al culto y reparos de obras¹⁶.

La edad habitual para la toma de hábito se situaba entre los 15 y los 26 años, teniendo en cuenta que la profesión se realizaba un año después, y que no podía realizarse hasta los dieciséis años cumplidos. Durante esta primera mitad del siglo XVIII tomaron el hábito entre esos años veinte de las treinta religiosas. Cuatro entraron siendo niñas, con dispensa, entre los once y los trece años. Tres tomaron el hábito en la treintena. En un caso excepcional se tomó a los 79 años, como última opción de vejez. De dos religiosas no consta la edad de entrada¹⁷.

La esperanza de vida era bastante elevada, situándose entre 70 y 80 años e, incluso, sobrepasando esa década. De nuestras veintiocho religiosas (excep-

(14) Hacia mediados del setecientos esta dote comienza a computarse en escudos: 100, 180 ó 200 escudos.

(15) Hacia mediados del setecientos esta dote también comienza a computarse en escudos: 200 ó 250 escudos.

(16) Cf. RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, op. cit., p. 140.

(17) Las edades de entrada y toma de hábito de las veintiocho monjas de que hay constancia fueron las siguientes: 11 años, 12, 12, 13, 15, 15, 17, 18, 19, 20, 20, 20, 20, 21, 21, 23, 23, 23, 24, 24, 25, 25, 25, 26, 31, 33, 37 y 79.

tuando las dos rechazadas) doce murieron entre los dichos 70 y 80 años; cinco sobrepasaron los 80, y una alcanzó los 92, la más longeva¹⁸. Nuestras profesas de la primera mitad del siglo fueron falleciendo en las décadas de 1760, 1770 y 1780, alcanzado, en algún caso hasta 1809; con lo que sus vidas nos proporcionan continuidad para acercarnos a las atmósferas religiosas del conjunto del setecientos¹⁹.

3. La religiosa ideal

A través del libro de *Vidas*, que se custodia en el Archivo del convento de Santa Teresa de San Sebastián, tal y como se muestra en los ejemplos del Apéndice final, podemos acercarnos a las atmósferas religiosas de aquel convento en un siglo de Ilustración. Las biografías de las difuntas, redactadas habitualmente por las prioras, nos manifiestan, claramente, unos estereotipos barrocos que se perpetúan en el tiempo.

La estampa de la religiosa ideal comienza con los valores carmelitanos y contemplativos. Son estos la observancia y cumplimiento estricto de las leyes y costumbres de la Religión; el retiro de celda y abstracción de criaturas; y la oración, silencio y presencia de Dios.

Siguen, a continuación, los tres votos de estado: pobreza, castidad o pureza y obediencia, a las preladas y confesores.

A continuación los valores ascéticos: humildad; negación de la propia voluntad. Mortificación de los sentidos, como vista, oído, lengua. La penitencia con ayunos, disciplinas y cilicios. El sosiego y control de las pasiones. La paciencia y resignación ante el sufrimiento.

(18) De las veintiocho religiosas que perseveraron, una murió a los 15 años; dos en la década de los veinte (20, 27); una en la de los treinta (37); dos en la de los cuarenta (45, 46); tres religiosas en la década de los sesenta años (64, 67, 69); doce en la década de los setenta (71, 71, 72, 72, 73, 75, 76, 77, 77, 77, 78, 79); cinco en la de los ochenta (80, 81, 81, 81, 83); una a los 92 años; de otra no consta.

(19) En la década de 1710 fallecieron tres religiosas (1712, 1719, 1719); una en la de 1720 (1720); una en la de 1730 (1732); una en la de 1740 (1744). Los fallecimientos se multiplican a partir de los siete de la década de 1760 (1761, 1762, 1763, 1765, 1765, 1767, 1767); seis en la década de 1770 (1770, 1771, 1772, 1773, 1776, 1777); seis en la década de 1780 (1780, 1782, 1784, 1787, 1787, 1789); se reducen a dos en la década de 1790 (1791, 1795); y a uno en la de 1800 (1809). En estas décadas de fallecimientos se produce la entrada sucesiva de una tercera generación de religiosas, de la que aquí no tratamos.

Se describe la piedad personal: frecuencia de los Sacramentos, y devociones particulares.

Se pasa revista a los valores comunitarios. Cumplimiento de oficios. Puntual asistencia a los actos de Comunidad. Esmero en el trabajo de manos. Amabilidad y buen trato general. Alegría en los asuetos y recreaciones. Caridad con los pobres y enfermas, etc.

Pueden seguir otros valores. Los padecimientos: escrúpulos, desolaciones interiores, temores, melancolía y enfermedades corporales. El cultivo intelectual y don de consejo. Los milagros o señales atribuidos.

Finalmente, la muerte se presenta siempre como ejemplo final de virtudes.

De las treinta biografías posibles, y por cuestiones de espacio para esta publicación, he seleccionado siete. Brígida de San José (1713-1761), una lega trabajadora, procedente de los caseríos guipuzcoanos. Ana Josefa de la Concepción (1718-1789), la más longeva y considerada como religiosa muy perfecta. Magdalena del Espíritu Santo (1718-1719), una aristócrata que aprovecha el convento como recurso de vejez. Ana Matías Antonia de Jesús (1720-1777), ejemplo de las monjas que entraron de niñas, espiritual y letrada, con dotes de gobierno. M.^a Nicolasa del Nacimiento (1734-1773), una hija ilegítima, que se colocó en la “silla de gracia” de la ciudad, sin dote. Mariana Teresa de San Juan Bautista (1735-1784), como ejemplo de mortificaciones y enfermedades. M.^a Catalina del Corazón de Jesús (1749-1791), una lega muy mortificada, procedente de un caserío vizcaíno.



Documentación. Biografías de religiosas²⁰

La relación de monjas que tomaron el hábito y profesaron en el convento carmelitano de Santa Ana y Santa Teresa de San Sebastián en la primera mitad del siglo XVIII se cifra en treinta religiosas. Ofrecemos la serie completa y una selección de siete biografías:

1. Jacinta de San José, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en junio de 1707. Falleció en octubre de 1712.
2. Teresa de San Miguel, de coro. Natural de Bilbao. Profesa en abril de 1709. Falleció en noviembre de 1720.
3. M.^a Teresa de San Juan Bautista, de coro. Natural de Pamplona. Profesa en septiembre de 1715. Falleció en noviembre de 1744.
4. Tomasa de San José, de coro. Natural de Pamplona. Profesa en julio de 1714. Falleció en enero de 1767.
5. Brígida de San José, lega. Sin procedencia. Profesa en agosto de 1713. Falleció en septiembre de 1761.
6. Cecilia Antonia de Jesús, María y José, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en marzo de 1715. Falleció en febrero de 1765.
7. M.^a Antonia de la Encarnación, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en enero de 1716. Falleció en octubre de 1719.
8. Ana Josefa de la Concepción, de coro. ¿Natural de Tolosa? Profesa en febrero de 1718. Falleció en marzo de 1789.
9. Magdalena del Espíritu Santo, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en julio de 1718. Falleció en julio de 1719.
10. Gabriela del Santísimo Sacramento, lega. Natural de San Sebastián. Profesa en abril de 1719. Falleció en septiembre de 1770.
11. Antonia de la Presentación, reprobada por la Comunidad. Natural de Virgala Mayor en Álava. Toma de hábito en noviembre de 1717.
12. M.^a Josefa de la Madre de Dios, de coro. Natural de Fuenterrabía. Profesa en noviembre de 1719. Falleció en enero de 1767.
13. M.^a Antonia de San Agustín, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en agosto de 1720. Falleció en abril de 1782.

(20) Información procedente del Archivo de Carmelitas Descalzas de San Sebastián: *Libro de Recepciones y Profesiones de Novicias y Relaciones de las Vidas de las Religiosas*, signatura 16 A-X-1, pp. 38-70. La ortografía se ha normalizado, al tratarse de una copia (de hacia 1840) del manuscrito primitivo, deteriorado y perdido. No obstante, los apellidos vascos los transcribimos tal como aparecen escritos. También mantenemos algunas incorrecciones morfológicas y sintácticas de la fuente.

14. Ana Matías Antonia de Jesús, de coro. ¿Natural de San Sebastián? Profesa en abril de 1724. Falleció en junio de 1777.
15. M.^a Clara del Santísimo Sacramento, de coro. Natural de Fuenterrabía. Profesa en febrero de 1723. Falleció en diciembre de 1762.
16. M.^a Magdalena de Santa Teresa, de coro. Sin procedencia. Profesa en mayo de 1727. Falleció en abril de 1772.
17. Ana Bautista de la Santísima Trinidad, de coro. Sin procedencia. Profesa en septiembre de 1724. Falleció en febrero de 1763.
18. Micaela de San Joaquín, de coro. Natural de Aranaz en Navarra. Profesa en diciembre de 1724. Falleció en febrero de 1780.
19. M.^a Teresa de San José, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en marzo de 1727. Falleció en marzo de 1771.
20. Agustina Teresa de Santa Ana, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en abril de 1727. Falleció en mayo de 1787.
21. M.^a Teresa de Jesús y San José, de coro. Sin procedencia. Profesa en mayo de 1730. Falleció en julio de 1776.
22. M.^a Josefa de Santa Teresa. Natural de San Sebastián. Toma de hábito en enero de 1730. Falleció en marzo de 1732, antes de profesar.
23. M.^a Teresa de San Elías, de coro. Natural de Pamplona. Profesa en octubre de 1731. Falleció en noviembre de 1787.
24. M.^a Fermina de la Encarnación, reprobada por la Comunidad. Natural de Pamplona. Toma de hábito en julio de 1732.
25. M.^a Nicolasa del Nacimiento, de coro. Natural de San Sebastián. Profesa en diciembre de 1734. Falleció en abril de 1773.
26. Mariana Teresa de San Juan Bautista, de coro. Natural de San Sebastián. Profesó en abril de 1735. Falleció en marzo de 1784.
27. M.^a Ignacia de la Presentación, de coro. Sin procedencia. Profesa en marzo de 1746. Falleció en abril de 1765.
28. Ana Isabel de San Antonio, de coro. Sin procedencia. Profesa en enero de 1749. Falleció en abril de 1809.
29. M.^a Catalina del Corazón de Jesús, lega. Sin procedencia. Profesa en marzo de 1749. Falleció en enero de 1791.
30. Bernardina de San Elías, lega. Sin procedencia. Profesa en agosto de 1751. Falleció en noviembre de 1795.



(5). BRÍGIDA DE SAN JOSÉ, religiosa de velo blanco o lega (pp. 42-43).

– *En el siglo*: Brígida de Arce Celaiaandía.

– *Natural de*:

– *Hija de*: legítima de Miguel de Arce y Ángela de Celaiaandía.

– *Circunstancias peculiares*: “Tomó el santo hábito después de haber estado seis meses sin él”.

– *Toma de hábito*: 14 de agosto de 1712, a los 23 años y 9 meses. Profesó el 14 de agosto de 1713. “Dio para dote 200 ducados de plata sobre la hacienda de sus padres”.

– *Muerte*: 20 de septiembre de 1761, a los 72 años. “Padeció muchos dolores y malos humores, mas por eso no dejó el trabajo de su cocina hasta su muerte, ni las demás cosas de su ministerio. Fue su última enfermedad una hidropesía general de todo el cuerpo, de que siempre adoleció. No se le oyó queja en los dos meses que estuvo retirada, ni dio molestia a nadie, porque como verdadera pobre con poco se contentaba”.

– *Observaciones*:

“Los primeros años, cuando tenía las fuerzas en mayor vigor, se dio mucho a la penitencia y trabajo, en el cual siempre fue incansable. Ayunaba muchas veces a pan y agua, hasta que se llenó de achaques. Dormía muy poco y antes de ir a la cocina solía pasar a las mañanas una hora o más en oración. Hacía poco aprecio de todo cuanto trabajaba, siendo primorosa en guisar y sazonar la comida, en especial de las enfermas, que no reparaba a cansancio por darlas gusto, y si estas o las sanas no comían lloraba de pena”.

“En este santo convento aprendió a leer, y se aplicó tanto a la lectura de las obras de nuestra madre santa Teresa que tenía presentes muchos de sus capítulos y circunstancias. Meditaba las que tra[taban] mucho de oración. En este ejercicio se aprovechó, aunque su humildad lo encubría”.

“Le dio el Señor un genio apretado y pronto, esto le servía de crisol, y cuando caía en algún defectillo se humillaba y deseaba la humillasen los confesores. También lo hacían, con ser así que de su virtud y talento hacían mucho aprecio y estimación. Era de natural noble y capaz. No obstante le parecía que no tenía nada de bueno sino que era la más imperfecta y tibia del convento”.

“Fue de gran pureza, pues habiendo estado 49 años en la Religión, poco antes de morir, dando cuenta de algunas cosas de su alma a la Prelada, le dijo que por la misericordia de Dios, desde que era religiosa, no había cometido pecado mortal. Y se puede creer, porque era de muy buena conciencia y sin ser escrupulosa muy nimia. El Señor la celaba mucho, como le sucedió una ocasión que miró de la ventana que cae al Castillo, y puso algún reparo en las personas que subían a él. Al mismo tiempo sintió gran comezón en la niña de un ojo, y aplicando la mano sacó un piojo grande vivo”.

“La Santa Madre siempre la celó mucho, y ella le correspondía con un amor entrañable; y aun decía que antes que cayese mala de la última enfermedad del que murió, estando en el refectorio, la Santa le dio unas palmadas en la espalda o en el hombro”.

“Se confesó muchas veces antes de llegar la hora de su muerte, y recibió el santo viático con todo su conocimiento, mucha devoción y fervor, como también la santa unción. Y descansó en el Señor con paz y quietud, que se lo alcanzó nro. padre san José, de quien fue muy devota. También tuvo especial devoción a la sagrada Pasión de Nro. Sr. Jesucristo y a su Madre Santísima”.

“El mismo día de su muerte se reconoció que un árbol nuevo de limón del que cuidaba la difunta floreció, lo que antes jamás se había visto en el dicho árbol”.



(8). ANA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN, religiosa de coro (pp. 48-50)

– *En el siglo*: Ana Josefa Yragui Escurra.

– *Natural de*: ¿Tolosa?

– *Hija de*: legítima de Miguel Yragui y Josefa Escurra, vecinos de Tolosa. El padre natural de Pamplona y la madre de San Sebastián. “Ambos de limpia sangre”.

– *Circunstancias peculiares*:

– *Toma de hábito*: 2 de febrero de 1717, a los 20 años y 6 meses. Profesó el 15 de febrero de 1718. “Trajo de dote 800 ducados de plata con todo lo demás necesario y se acostumbra”. “Renunció a su madre”.

– *Muerte*: 15 de marzo de 1789, a los 92 años. “Faltó a esta Comunidad la columna más principal y firme”. “Su última enfermedad ha sido accidente de perlesía que la privó del consuelo de recibir a Jesús Sacramentado, por haberle atacado a la lengua y garganta, pero se confesó varias veces por señas. Recibió la santa unción muy a tiempo”.

– *Observaciones*:

“En la obediencia era tan rendida que a la menor insinuación de las Preladas obedecía al punto, y solía decir que el buen obediente debe tener las propiedades de un cuerpo muerto, y que había de obedecer la religiosa con obediencia ciega, pronta y alegre. Las veces que la Prelada le mandaba alguna cosa de alivio por su avanzada edad, cinco o seis veces se hincaba de rodillas y tomaba su bendición. El mismo rendimiento tenía con su confesor, por su mucha nimiedad y temores que el Señor le ejerció toda la vida. No se contentaba por más que exageraba sus faltas. Cualquier defectillo le parecía cosa grave, y siendo una alma tan cándida como una Magdalena se confesaba con tantas lágrimas que parecía la mayor pecadora del mundo y se tenía en ese concepto. Con iguales lágrimas y disposición se preparaba para recibir a Jesús Sacramentado y todo el día de la comunión no cesaba de repetir: ¡Cómo venís siendo yo una criatura tan indigna y vos un Dios de tanta grandeza!”.

“En la santa pobreza se esmeró tanto que procuraba tener para sí todo lo más viejo y desecho de las religiosas, de modo que nunca quería cosa nueva. Ayudó mucho a la Comunidad con la labor de sus manos. Tenía especial habilidad para esto y trabajaba para las iglesias cosas de seda, con lo que ganaba mucho. También tenía a su cuenta, casi hasta los últimos años de su vida, cortar, coser y componer los hábitos para todas las religiosas como para los difuntos seglares”.

“En la virtud angélica de la castidad dio muchos ejemplos, así como en todas las demás virtudes. Tenía tan a raya sus pasiones que jamás se le vio alterada, sino siempre con una igualdad y serenidad, con un semblante risueño”.

“Era tan extremada en la abstracción de las criaturas que jamás se la oyó nombrar ningún allegado suyo, ni quería que ninguna le nombrase. Nunca bajaba al locutorio, a menos que no fuese alguna dependencia de la Comunidad o a visitas de los señores Prelados. Fuera de estos casos jamás llegaba ni al torno. Un pariente suyo, sacerdote, tuvo deseo de hablarla, mas ella nunca quiso bajar al locutorio, por lo que dicho señor no pudo lograr su deseo”.

“De esta mucha abstracción y silencio vino a lograr una continua presencia de Dios, que no cesaba de hacer actos fervorosos de todas las virtudes. Era tanto su hábito que excedía a modo de decir al respirar, adorando continuamente a la Santísima Trinidad con las antífonas de su festividad. Era tan leída y impuesta en los misterios de nuestra santa fe que decían los confesores que la confesaban que tenía entendimiento más que de mujer”.

“Su caridad era tan grande que sanas y enfermas hallaban en ella socorro para todo. Siendo súbdita a todas acudía con amor y igualdad; siendo Priora más parecía enfermera que Prelada, enfermaba con las enfermas. Para cosas de humildad era la primera, como en barrer, cavar en la huerta, fregar, etc.; y se contristaba si no la buscaban para estas cosas, como también para curar llagas y heridas”.

“Fue muy dada a la penitencia, y además de las que tenemos de obligación ejercitaba las de supererogación, tenacillas, cilicios, disciplinas y otros géneros de mortificaciones. Estando ya encamada, con 92 años de edad, ayunaba en la Cuaresma sin laticinios”.

“Los días de comunión, aun estando encamada, se hacía llevar con harto trabajo suyo y de las que la llevaban agarrada al comulgatorio a recibir a su Dios Sacramentado, y también a oír Misa todos los días de precepto. En logrando esto estaba contenta. Con María Santísima Nuestra Madre tenía sus coloquios, cantaba la salve y avemaría con tanta devoción que a todas nos causaba grande. Por mala que estuviese no dejaba de asistir a la salve que se canta de Comunidad los sábados; y a los últimos que no podía asistir de su cama cantaba a una con la Comunidad, con tantas lágrimas que no podía concluir de ternura, que aun a las que la asistían enternecía. Fue devota de nuestros padres san José, san Juan de la Cruz, san Elías, nuestra madre santa Teresa, santa Gertrudis, el Ángel de su guarda, san Miguel y las ánimas del Purgatorio, y muy especial de san Francisco Javier. Solía decir que debía mucho al glorioso santo;

pues que hallándose un día de su fiesta con unas dudas y aflicciones de espíritu muy acongojada sin saber lo que hacer se encomendó al santo y que se halló consolada y libre de su trabajo, por cuyo favor toda la vida fue agradecida a su bienhechor y la víspera de su fiesta siempre hacía alguna mortificación extraordinaria en recompensa del beneficio recibido de Dios por intercesión del santo”.

“Siendo religiosa tan perfecta como se ha dicho arriba, siempre vivió penetrada de temores de su salvación y de si estaba en gracia de Dios. Esto le traía siempre contristada, que a veces no tuvieron poco que hacer los confesores en consolarla. Sin embargo, entre tantos temores no cesaba de hacer actos de esperanza en la misericordia divina, repitiendo continuamente: ‘En Vos, Señor, he esperado, no seré confundida para siempre. Señor, aunque os he ofendido no puedo menos de esperar en Vos me habéis de salvar, pues por nuestro amor moristeis en una cruz’. Para la hora de su muerte quedó tan sosegada que parecía un dulce sueño”.

“Tenía don de consejo. Las religiosas acudían en sus necesidades a tomar su parecer, porque era un consuelo hablar con su reverencia, porque sus palabras parecían dictadas del Espíritu Santo. Respondía a las preguntas que le hacían, y a menos que fuese preguntada no hablaba ni daba su parecer. Como continuamente estaba atenta a su interior no hacía caso a lo que se hablaba”.

“En las elecciones de Preladas y otras festividades sacaba versos muy espirituales, que Dios Nro. Señor entre otras prendas le dio también esta habilidad. Dichos días tañía la guitarra y nos divertía aun en la edad de 92 años en las recreaciones. En todo lo demás, como queda dicho, se estaba callando”.

“Su paciencia era tal que en ningún acontecimiento la vimos inmutada, siendo así que tuvo bastantes ocasiones, pues siendo de genio muy vivo supo reprimir. Tenía tal conformidad con la voluntad de Dios que solía decir que sentía especial gusto y complacencia en repetir muchas veces: ‘Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

“Fue Priora, superiora, maestra de novicias varias veces y los demás oficios; todos los desempeñó con edificación”. “Era tan humilde que a las recién entradas en la Religión preguntaba sus dudas sobre el oficio divino, como si fuera novicia. Siendo maestra criaba a sus novicias con mucho retiro y abstracción de criaturas, les enseñaba cómo habían de negar su propia voluntad, aun en las cosas pequeñas y cómo se habían de haber en la oración mental y en la presencia de Dios. Hacía una maestra perfecta y así salían sus novicias”.

“Era devotísima del Santísimo Sacramento. En su real presencia se estaba de rodillas aun con 90 años, derramando lágrimas de ternura, considerando aquel augusto misterio”.



(9). MAGDALENA DEL ESPÍRITU SANTO, religiosa de coro (pp. 46-48).

– *En el siglo*: Doña Magdalena de Arriola Larrazpuru.

– *Natural de*: San Sebastián.

– *Hija de*: legítima de don Sebastián de Arriola, caballero del hábito de Alcántara y su visitador, y de doña Clara Eugenia de Larrazpuru. “De nobleza y piedad conocidas en esta ciudad y Provincia”.

– *Circunstancias peculiares*: “Las dos hijas que tuvieron la primera [Josefa Antonia] estuvo casada con el señor de Lazcano. Después de viuda entró religiosa en este convento [1672] y murió en él, después de ejemplar vida y gobierno que tuvo. En este libro consta el año de su fallecimiento [1710]. La segunda, que es la presente, estuvo casada con don Felipe Yurramendi y Idiáquez, señor de las ilustres casas de sus dos apellidos, en cuyo matrimonio no tuvieron hijos. Y después de haber vivido juntos 39 años la señora quedó viuda y en este estado perseveró trece años, empleada en buenas obras de piedad y caridad, pagando muchas obligaciones de su difunto marido, socorriendo con gran anhelo y devoción las benditas ánimas del Purgatorio y hospedando los religiosos Descalzos Carmelitas. Experimentada en los largos días de su edad, con los contratiempos continuos, sinsabores y desengaños del mundo, que no da sino mucho acíbar y peligro, a los 79 años determinó entrar en esta santa casa para religiosa y alcanzar el fin de su eterna salvación”.

“Fue legítima de los mismos ilustres padres que su hermana la venerable Antonia. Nació después de ella, el año 1638, con tantas gracias de naturaleza, hermosura, capacidad y prudencia, tan afable, que era atractivo de cuantos la miraban. Destináronla para el matrimonio, y lo contrajo a los 27 años de su edad con don Felipe de Yurramendi e Ydiáquez, señor de las ilustres casas de estos apellidos. No tuvo hijos ni gustó en este estado, ya naciese lo segundo de lo primero, ya del seco natural de su marido, o ya de su genio, que por respeto únicamente a sus padres y por su obediencia asintió al contrato de estas bodas. En lo que estos señores se unificaron de común consentimiento fue en el amor a nuestra Religión, y en su casa de Tolosa hospedaron por más de 50 años a nuestros religiosos, que fue todo el tiempo que duró doña M.^a Magdalena casada y viuda en el siglo. Venían a ella de varias provincias y esto les era de singular consuelo y que no fuese breve el hospedaje, sino que estuviesen en él muchos días, en los cuales la señora contemplaba aquella modestia, devoción, abstinencia y circunspección de los religiosos y allá en los internos espacios de su corazón se aconsejaba consigo misma para seguir aquella vida angélica.

Murió don Felipe después de 39 años de matrimonio, y quedando viuda doña M.^a Magdalena se conservó así por espacio de 13 años, en que entabló una vida ejemplar, suspirando siempre por la de la Religión, que finalmente se la vino el Señor a conceder a la hora de nona, esto es, a los 79 años de su edad. Obtuvo para esto las licencias y dispensaciones del señor Prelado, y el año de 1717 a 30 de julio recibió el hábito y el mayor gozo con él que jamás tuvo. Y vio el mundo un espectáculo pasmoso en esta

memorable mujer, que hecha la cabeza un cisne y en la sinceridad una paloma, se entró a ocupar plaza de novicia y el lugar de las más modernas la más anciana²¹”.

– *Toma de hábito*: 30 de julio de 1717, a los 79 años. Profesó el 30 de julio de 1718. “Trajo a esta casa por su dote todo lo que pudo, haciéndola heredera”.

– *Muerte*: 22 de julio de 1719, en Lazcano. “Fue una de las que murieron en el convento de las señoras Bernardas de aquella villa, cuando se refugiaron a él las nuestras, huyendo de San Sebastián, combatida de las armas de Francia”. “Originose ésta de un zaratán en un pecho, con el que pudo vivir más tiempo. Mas cuando salieron las religiosas de San Sebastián para Lazcano, por el motivo ya otras veces insinuado, se abrió en el camino a causa de la agitación, trabajo y susto. No por eso dejó de ir muy alegre en la procesión que hicieron nuestros religiosos para llevar a las religiosas al convento de las señoras Bernardas de Lazcano, porque el verse entre sus frailes le fue de tanto consuelo que no la dejó sentir su quebranto. Mas sobreviniendo después grandes flujos de sangre, que resistió por tiempo de tres meses, se vino a plomo la ya caduca fábrica de su cascada vida y conoció que instaba su última hora [...] Estuvo con mucho espacio confesando, después recibió el viático y la santa unción y pidió la asistiesen, diciéndola afectuosas jaculatorias, las que escuchaba con atenta ternura. Llegó el día de la ínclita santa M.^a Magdalena, y en él cerró de una vez los ojos a esta visible luz, abriéndolos a la inmortal a 22 de julio del año de 1719, a los 81 de su vida, en que fue espejo de las mujeres de su esfera”.

– *Observaciones*:

“En cuanto sus años la permitían era la primera a los actos de Comunidad, a donde por subir lo antes que pudiese y estar muy gruesa asía las escaleras a gatas, sin querer que nadie la ayudase. Así triunfaba esta amazona del Reino de Dios, como otro Jonathás: ‘Manibus e pedibus repetans’. Y, consiguiendo milagrosas victorias de su cansado cuerpo, hizo ver que no el cuerpo sino el espíritu tiene imperio de nuestro barro”.

“Fue humildísima y, consiguientemente, muy rendida a las Preladas, y solía decir con su bondad y sinceridad natural: ‘Yo no quiero soberbia, humilde he de ser para imitar a María Santísima mi Madre y Señora’. Tomaba su último lugar entre las hermanas con tanta alegría que se conocía bien que era discípula de aquel Señor que se presentó a su profeta para ejemplo y gloria de los humildes”.

“Fue pobrísima, y cuanto le daba la Religión de ropa y comida le parecía le sobraba [...] Aunque no había precepto formal para no usar de chocolate, y ella estaba habituada a esta bebida, no obstante, por ser ya costumbre de esta santa casa tan loable abstinencia, jamás lo probó ni quiso en esto indulgencia ni mitigación alguna.

(21) Este fragmento y las observaciones que siguen manifiestan una elaboración más literaria de esta biografía, probablemente encomendada a algún fraile de la Orden, o reelaborada a partir de las *Crónicas* carmelitanas del tiempo.

En la última enfermedad, que estuvo más de diez días sin tomar alimento, le ofrecieron el chocolate, y así como estaba, alentando la voz dijo: ‘No quiero lo que dejé por Dios. No tienen que nombrármelo’. Así espantó con esta valentía las persuasiones de esta miserable carne, que todo le suele parecer lícito para formar escudos contra la muerte”.

“En las demás horas que no eran de actos de Comunidad se ejercitaba en rezar y leer. Especialmente se regalaba con nuestro padre san José y nuestra santa madre Teresa, a quienes tuvo ternísima devoción. Fue muy enamorada del glorioso arcángel san Miguel, y lo tenía muy empeñado para que la protegiese en la hora de la muerte de las asechanzas infernales”.

“Hicieron su entierro nuestros Descalzos de Lazcano, y depositose el venerable cadáver en el religiosísimo panteón del convento de santa Ana de las señoras Bernardas recoletas, que concurrieron con las mayores demostraciones de honra a las lúgubres que se hicieron a la difunta. Allí descansa todavía, esperando la común Resurrección o su translación a esta casa de San Sebastián”.



(14). ANA MATÍAS ANTONIA DE JESÚS, religiosa de coro (pp. 54-56).

– *En el siglo*: Doña Ana Matías de Arriola Arana.

– *Natural de*: ¿San Sebastián?

– *Hija de*: legítima de don Tomás Ignacio de Arriola y Aspe, natural de San Sebastián, y de doña Josefa Arana y Salcedo, natural de Bilbao. “Ambos tan piadosos como nobles”.

– *Circunstancias peculiares*: “Siendo muerto el padre, la tía que entró religiosa en este convento, llamada la Madre M.^a Magdalena del Espíritu Santo, al tiempo de su profesión, pidió a la santa Comunidad su beneplácito; y con él dispuso que de sus bienes fuese dotada una hija de su sobrino don Tomás Ignacio para religiosa en este convento”.

– *Toma de hábito*: 17 de abril de 1720, a los 12 años, “precediendo la dispensa del señor Obispo don Juan Camargo, nuestro Prelado, que dio con gran dificultad, por las razones que había para la recepción de esta niña; y con la limitación que no sirviese de ejemplar para ninguna otra que pretendiese de la misma edad”. Profesó el 15 de abril de 1724, a los 16 años. “Trajo a la entrada 4.000 reales de vellón y además, por los cuatro años de noviciado, 50 ducados al año, que son 2.200 reales de vellón, como consta de la carta de pago; y para alhaja de la sacristía su madre dio cien escudos, además de los alimentos”. “Renunció sus legítimas a favor de su madre”.

– *Muerte*: 1 de junio de 1777, a los 69 años. “Padeció muchas y extraordinarias enfermedades, que las sufrió con mucha resignación, acordándose en todos sus traba-

jos de la Pasión de Cristo Nro. Señor, de quien era devotísima. Finalmente [...] le dio una enfermedad de fuerte tabardillo, que pasado el término del mal se le aumentó la calentura. Así en cincuenta días ha padecido bastante, con mucha conformidad y serenidad, sin quejarse [...] Fue Nro. Señor servido de llevar para sí a su esposa, después de recibir todos los Sacramentos, asistida de toda la Comunidad y el señor vicario”.

– *Observaciones:*

“Gobernó esta casa por espacio de 10 años y 3 meses con singular ejemplo, siendo la primera en todos los actos de Comunidad, a pesar de las indisposiciones que padeciese, sin dejar de ejecutar con entereza la menor obligación, siendo al mismo tiempo muy amable y suave con sus súbditas, acudiendo con mucho desvelo a todas sus necesidades así espirituales como corporales, con amor de verdadera madre”.

“Enseñándonos a todas siempre lo más perfecto y procurando encaminarnos a Su Majestad por medio de la oración, que en este santo ejercicio se esmeraba mucho. Así era un consuelo tratar con su reverencia sobre la oración, enseñándonos cómo habíamos de portar en tiempo de gustos y sequedades, pues solía decir: ‘Cuando Dios Nro. Señor me tiene en sequedad aquí está este asnillo’. Y otras veces repetía los versos de nuestro padre san Juan de la Cruz: ‘¿A dónde te escondiste, Amado mío, y me dejaste con gemido?’. Cuando las religiosas iban a darle cuenta de la oración primero les decía su modo de proceder en ella, para que pudiesen explicar con más facilidad lo que les acaecía en la oración. Y como en su reverencia era continua la presencia de Dios, ninguna cosa exterior le divertía de ella, tanto que solían decir los confesores que le trataron y el señor vicario actual, que le ha dirigido estos nueve años, que estaban admirados cómo una religiosa que tenía tantas preocupaciones, pues llevaba las cuentas y manejo de toda la Comunidad, como después diremos, podía tener tan continua presencia de Dios. Esto les causaba mucha admiración”.

“En la obediencia era tan puntual que, apenas oía el mandato de la obediencia, que luego dejaba todo y acudía donde le mandaban, aunque repugnase al natural, sin dar ninguna muestra de ello. Era tanta y tan ciega la que tenía a su confesor que, aun siendo Prelada, en mandándola que fuese a dar cuenta de su oración y del ejercicio de las virtudes, dejando todo iba al confesonario, como si fuese novicia”.

“En la virtud de la castidad ponía tanto cuidado que no quería oír ni ver cosa que fuese contraria a esta virtud, siendo muy modesta en todas sus acciones. Y si alguna vez, como sucedió, llegaba alguna religiosa con alguna tentación sobre esta materia no tenía salida, siendo así que para todo lo demás encontraba”.

“En la santa pobreza se esmeró tanto que para sí tomaba siempre lo más roto y despreciable. Y, al mismo tiempo, era tan particular en esta madre el cuidado en proveer y acudir a todas las necesidades de la Comunidad que, antes que las manifestasen, las proveía y ella pasaba con menos que lo que nos da la Religión, y aun eso lo más pobre. Así es que, después de muerta, sus alhajas eran tales que ni a los pobres apenas les podía servir. Esto causa admiración, pues en el siglo vivió con tantas conveniencias y siendo persona de tal calidad”.

“Tenía tan a raya sus pasiones que, teniendo genio vivo, supo reprimir aun en algunas ocasiones que Su Majestad permitió de trabajos por medio de las criaturas; y otras muchas tentaciones del Enemigo y escrúpulos, por la mucha nimiedad de conciencia que supo llevar todo, con mucha resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin alterarse jamás. Decía que en los mayores aprietos y desconuelos repetía aquella letrilla de nuestra madre santa Teresa: ‘Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta’. Y con esto sosegaba su interior”.

“Era un ejemplo en todas las demás virtudes. En la humildad se esmeró mucho, siendo la primera en todos los oficios humildes, en barrer, en fregar y en todo lo demás que ocurría en el convento. En la caridad era tan compasiva para los pobres y necesitados que, en cuanto podía, no dejaba de socorrerlos. Con todas las religiosas enfermas enfermaba y no sabía lo que hacer por aliviarlas y consolarlas. Por las que se hallaban en alguna aflicción o trabajo se desvelaba tanto que solía decir que no podía sosegar ni de noche ni de día hasta dar algún consuelo o alivio”.

“Siendo maestra de novicias las exhortaba continuamente al amor una con otras y al ejercicio de todas las virtudes. Yo, por mi gran dicha, fui novicia suya. Solíamos descubrirla todo cuanto pasaba en nuestras almas, por el gran provecho que experimentábamos con sus consejos y exhortaciones. Como desde niña se dio mucho al trato interior con Dios Nro. Señor y a la lección de los libros de nuestra madre santa Teresa, de nuestro padre san Juan de la Cruz, de san Francisco de Sales y las Crónicas de nuestra sagrada Religión, era un gusto oírla, por cuanto estaba llena de noticias santas penetradas en su alma para valerse en las ocasiones; como sucedía muchas veces, en especial en los Capítulos, hacía unas reflexiones a cada religiosa que parecía un confesor y padre espiritual de sus almas”.

“En la penitencia era extremada, tanto que siendo de complexión muy delicada no perdonaba a ninguna austeridad, levantándose a la mañana antes de las cuatro y retirándose tarde a la noche. Tanto que le decíamos tomase algún alivio. A esto respondía, no le era de conveniencia. Además de las penitencias de la Religión hacía otras de supererogación, y esto sin que jamás tomase alivio”.

“Fue muy devota del Santísimo Sacramento, y asistía con grande fervor y amor a Su Majestad, pasando largos ratos ante su divina presencia. Trabajaba para el adorno de la iglesia y para el aseo, pues era muy cuidadosa. Adquirió muchos bienes y alhajas de mucha consideración. Hizo de limosnas que tuvo dos altares nuevos, lámpara de plata, arañas para nuestra madre santa Teresa, la colgadura, ternos y otras muchas cosas. Tenía también especial devoción a la Reina de los ángeles María Santísima, rezaba todos los días su santo rosario de quince misterios y tenía frecuentes coloquios con esta divina Señora, con nuestra madre santa Teresa, nuestro padre san Juan de la Cruz, san Juan Bautista, san Joaquín, santa Ana, san Alberto y el Ángel de su guarda. Era también muy devota de las ánimas del Purgatorio, y todos los días de fiesta rezaba el oficio de difuntos. Era muy cuidadosa en ganar todas las indulgencias, las concedidas por la bula de la Santa Cruzada y las de la Orden, y además todas cuantas en las imá-

genes están concedidas. Hacía esto levantándose, como queda dicho, antes de las cuatro. Ofrecía cincuenta veces al día su alma y su corazón al Señor. Hacía otros tantos actos de amor de Dios, de adoración, de fe, esperanza y contrición, y esto todos los días con mucho fervor, llevando cuenta con el rosario”.

“Tenía mucha habilidad para escribir y contar. Ella llevaba las cuentas y manejo de la Comunidad. Era de gran capacidad y entendimiento, que los que la trataban decían: ‘Esta es más que mujer’. Su trato era muy agradable, que a todos dejaba prendados. En las labores de mano era primorosa en bordar con oro y plata, como también en hacer cordones de seda. Tuvo todos los oficios de la Comunidad repetidas veces, con mucho acierto, particularmente el de Prelada, con su buen gobierno”.

“Después de muerta quedó su cara de modo que causaba respeto y veneración sólo el mirarla; tanto que la multitud de gente que acudió a su entierro, todos a la vez decían: ‘Es imposible no sea santa esa religiosa’. Era general el sentimiento en todos por su mucha bondad, en especial de toda esta Comunidad, que quedó muy desconsolada con la pérdida de tal madre. Cúmplase en todo la voluntad de Dios. Amén”.



(25). M.^a NICOLASA DEL NACIMIENTO, religiosa de coro (pp. 64-65).

– *En el siglo*: Doña M.^a Nicolasa de Aguirre Echarri.

– *Natural de*: San Sebastián.

– *Hija de*: hija natural de don Juan Bautista de Aguirre y Manuela Echarri. “Ambos solteros, el padre de los principales de esta ciudad y la madre también de familia muy honrada”.

– *Circunstancias peculiares*: “Entró en la plaza que vacó por muerte de la hermana Ana Jacinta de la Santísima Trinidad, que ocupaba del patronato de la ciudad; con su elección y votos de todos los capitulares y de la Comunidad”.

– *Toma de hábito*: 21 de diciembre de 1733, a los 31 años. “Trajo ajuar y alimentos como las demás, 200 ducados de vellón”. Profesó el 27 de diciembre de 1734. “Renunció sus derechos a su tío el señor don Pablo Aguirre”. “Su tío hizo el gasto de todas las funciones cumplidamente. Dio para alhaja de la sacristía, sacras de plata para el altar mayor; y por devoción, que tenía a nuestra santa madre, que le libró de un gran peligro, un atril de plata”.

– *Muerte*: 2 de abril de 1773, a los 71 años. “Algunos años antes de morir padeció a temporadas fuertes dolores romatismos del estómago, que la ponían en grande apretura”. “Cayó con un accidente de perlesía, que al golpe los seglares tocaron la campanilla del torno para que acudiesen las religiosas, que la encontraron tendida y muerto un lado del cuerpo. A toda prisa la llevaron a su celda. Vivió tres días”.

– *Observaciones:*

“Desde el siglo fue muy dada a la virtud, pero con tal disimulo que la tenían por muy alegre y divertida, de suerte que nadie la podía conocer, antes bien era el consuelo de todos por su buen genio y linda voz; y la buscaban para cosas de entretenimiento, pero siempre supo guardar una pureza grande en su alma, que ninguna cosa del mundo hallaba sosiego ni gusto, ni hacían asiento sus estimaciones”.

“Se dio mucho a la penitencia y ayuno, y lo hacía con tal disimulo, no haciendo caso de sí misma y practicando la caridad con las que estaban afligidas o con trabajos, con tal gusto como si recibiera alguna merced en ello”.

“Fue muy obediente y puntual, que no se le oía réplica, y con tal veneración a las Preladas que se conocía el cuidado que tenía en esto y en todo lo que era violentarse”.

“En los actos de Comunidad era la primera, y empleaba aquel tiempo, muy en su interior, sacando muchas luces de la oración y la presencia de Dios, que solía conservar con algunas jaculatorias, siempre humillándose interior y exteriormente”.

“Fue muy devota de María Santísima del Carmen, de nuestro padre san José, san Joaquín y san Pedro de Alcántara”.



(26). MARIANA TERESA DE SAN JUAN BAUTISTA, religiosa de coro (pp. 65-66).

– *En el siglo:* Mariana Teresa Aguirre Astigarraga.

– *Natural de:* San Sebastián.

– *Hija de:* legítima de don Felipe Aguirre y doña Teresa de Astigarraga. “Vecinos de esta ciudad, nobles y piadosos”.

– *Circunstancias peculiares:*

– *Toma de hábito:* 24 de abril de 1734, a los 17 años. Profesó el 26 de abril de 1735. “Trajo de dote 800 ducados de plata y todo lo demás que se acostumbra”.

– *Muerte:* 10 de marzo de 1784, a los 67 años. “Su mal ha sido un zaratán que en nueve años ha padecido”. “Los dos pechos le comió el zaratán”.

– *Observaciones:*

“Muy penitente, no contentándose con lo que la Religión manda, añadía las de supererogación, ayunos a pan y agua, como encontré en un papel suyo en donde decía: ‘Hizo voto de ayunar a pan y agua todos los años la víspera de la Purísima Concepción de María Santísima’. Lo que ejecutó hasta que los prelados le conmutaron en otra cosa por justos motivos. Por más indispueta que estuviese jamás dejaba la disciplina del viernes; y además, todos los días, como se tenía por la mayor pecadora, maltrataba su cuerpo con ásperas penitencias”.

“No le parecía nada todo cuanto hacía, teniendo a su cuenta el proveer a todas las religiosas de tocas, velos y todo lo necesario, para lo que noche y día estaba hilando”.

“Fue muy exacta en los tres votos. En la pobreza era extremada, pareciéndole demasiado las pobres alhajas que la Orden nos permite. Las cosas que tenía a su uso procuraba fuesen las más pobres y remendadas. Solía decir: ‘Yo siempre temo el rozar en la santa pobreza, porque al religioso o religiosa muy poco le basta si se acomoda a lo que la Religión le da’.

“Se esmeraba mucho en la caridad con sanas y enfermas, a todas acudía con igualdad y amor, en especialidad a las que estaban en cama con alguna indisposición; para las cuatro de la mañana acudía a socorrerlas con luz, caldo y todo lo demás que necesitaban. Puso particular cuidado cuando fue Priora de que no les faltase a las enfermas de todos aquellos alivios y regalos que podía, encargando a las enfermeras no reparasen en acudir las con todo lo necesario. A una religiosa que estuvo tres años encamada la asistió día y noche, levantándose tres o cuatro veces cada noche a socorrerla con lo que necesitaba, sin faltar por esto de ir todas las noches a maitines”.

“En el sufrimiento nos ha dejado muchos ejemplos. Pues su mal ha sido un zaratán, que en nueve años ha padecido lo que no se puede ponderar, con tanta paciencia y resignación que a todas edificaba. El cirujano que la asistía se admiraba de su conformidad y paciencia. Diciéndole éste que estaba obligada bajo de pecado mortal a comer siempre de carne, respondía: ‘Señor, en mi profesión ofrecí sin mitigación hasta la muerte, a esto me obligué’. Hasta tanto que cinco o seis días antes de su muerte, viendo el cirujano que no podía arrostrar ninguna cosa de comer, le dijo: ‘Madre Teresa, si vuestra reverencia quisiera tomar chocolate, sin escrúpulo le daré’. A que respondió con la entereza que solía: ‘Lo que por Dios dejé, por su amor me quiero privar’; con lo que quedó nuevamente edificado. Los dos pechos le comió el zaratán, y con todo ha llevado la observancia sin faltar una noche a maitines y los demás actos de Comunidad, añadiendo a más, como se ha dicho, las de supererogación. Hasta los últimos meses siempre ha usado estameña en su persona y cama; sólo un pañito de lienzo, tanto como cogían las llagas del pecho”.

“Era religiosa de mucha oración y presencia de Dios, así siempre hallaba materia para este santo ejercicio. Daba gusto hablar con su reverencia, pues por cada santo que se nombraba refería su vida, divirtiéndonos santamente en las recreaciones. Las obras de nuestro padre san Juan de la Cruz y de nuestra madre santa Teresa casi las tenía en la memoria y más en la práctica [...] Era muy devota del Santísimo Sacramento. Todas las mañanas se levantaba a las cuatro y, haciendo lo necesario a las enfermas como queda dicho, iba a hacer compañía a este Señor Sacramentado al coro. Tenía especial devoción a nuestra Madre Santísima del Carmen, nuestra madre santa Teresa y nuestro padre san Alberto”.



(29). M.^a CATALINA DEL CORAZÓN DE JESÚS, religiosa de velo blanco o lega (p. 69).

– *En el siglo*: M.^a Catalina Ganzal Anciri.

– *Natural de*:

– *Hija de*: legítima de Juan Ganzal y de María Anciri. “Vizcaínos honrados”.

– *Circunstancias peculiares*:

– *Toma de hábito*: 23 de marzo de 1748. “Trajo para alimentos, ajuar y otros gastos de entrada, hábito y profesión 180 escudos de a 15 rs. vn.; éstos entregó el mismo día que entró [27 de octubre de 1747] y se le dio el hábito a los seis meses”. Profesó el 25 de marzo de 1749, a los 34 años y 4 meses. “Trajo en su profesión 200 ducados de plata para dote”.

– *Muerte*: 14 de enero de 1791, a los 76 años. “Su última enfermedad fue un accidente de perlesía. Recibió muy a tiempo todos los santos sacramentos. Asistida de toda la Comunidad se le hizo la recomendación del alma”.

– *Observaciones*:

“Fue religiosa muy observante de sus obligaciones, cuidadosa en su ministerio, hasta que por los muchos achaques sufridos con heroica paciencia la impidieron, hizo de cocinera, la semana que le tocaba, esmerándose en la virtud de la caridad para con sus hermanas”.

“En la humildad tenía hechas hondas raíces, teniéndose por la más despreciable de todas y por la mayor pecadora del mundo. Siendo un alma tan pura que no se le veía imperfección, sin embargo, cuando salía de confesar e iba a comulgar, sus ojos eran dos fuentes de lágrimas”.

“Era muy abstraída de las criaturas, sin que jamás bajase al torno ni locutorio, a menos que no fuese algún caso raro. Le premió el Señor su mucha abstracción con una continua presencia suya. Casi todas las horas del día empleaba en el claustro a los pies de un santo Cristo devoto que está en él y con este Señor tenía sus coloquios. Salía de sus sacratísimos pies toda enardecida en su amor, de modo que se le conocía en el exterior el gozo interior, en los actos y jaculatorias que componía en verso”.

“Tenía mucho rendimiento en la obediencia a las Preladas. A cualquiera insinuación suya prontamente obedecía, y bien se conocía que en sus Preladas miraba a Jesucristo, pues aun pasando al par de la puerta de su celda, aunque estuviese cerrada, hacía una venia mirando a ella. El mismo rendimiento tenía a su confesor. Con ser alma muy atribulada, con varios trabajos, en diciéndola él: ‘Deje todo sobre mí’, al instante callaba y obedecía”.

“Para la guarda de la castidad huía de todo trato de gente; hasta de su mismo hermano, que era religioso grave de san Francisco. Tenían hecho concierto de encomendarse a Dios y de no preguntar uno de otro. En la conversión de los moros recibió el

martirio otro hermano que tenía, también religioso de san Francisco. Era muy mortificada en la vista, sin que jamás mirase de la reja del coro y menos de otra parte”.

“Fue de mucha oración y trato con Dios. Muy devota de Nuestra Madre Santísima del Carmen, santa M.^a Magdalena y las ánimas del Purgatorio”.

“En 17 años estuvo casi ciega con cataratas, sin que dejase por eso de acudir a la cocina hasta los últimos que no conocía las personas sino por la voz; y aun entonces ayudaba en lo que podía, como llevar leña siguiendo a las otras, etc.”.